

querer quedarse á bordo con su hija, para ir á ver el país de los poderosos extranjeros.

Pero ese motivo no era más que un pretexto.

La guerrera matrona había conocido al «señor de la casa de oro,» el gran Caonabo, cargado de cadenas, en la carabela donde ella estaba encerrada. Como ambos descendían del mismo origen, tenían parecidas facciones, hablaban la misma lengua, y poseían los mismos instintos é iguales aficiones antropófagas, conmovióla su infortunio. Aquella terrible mujer, dominado súbitamente su corazón por delicado cuidado, no pudo decidirse á dejar de aquel modo aislado entre los extranjeros cuyo cautivo era, al gran Caonabo, el esposo de la célebre Anacoana, ya que no tenía consigo esclava, ni mujer para servirle (1). Una horrible simpatía la sujetaba á sus pies. Inhumana para sí propia, en su ternura, inmolando sus deberes y porvenir á su entusiasmo de una gloria homicida, olvidó repentinamente, en un día, á sus hijos, al Cacique su esposo, su tribu, su país, para consagrarse á aliviar los tedios del héroe, cuyos famosos hechos electrizaran su imaginación.

### § III.

El 20 de abril se hicieron otra vez á la vela. Continuó la lucha contra los vientos; después se experimentó la bonanza, y el día 20 de mayo estaban todavía en medio del Océano. Ninguno de los pilotos sabía en qué latitud se hallaban. La tristeza y el desaliento se apoderaban de los ánimos. El agua faltaba ya; los víveres habían disminuido notablemente; fué preciso poner á todas las personas á la exigua ración diaria de seis onzas de pan. Como acostumbraba siempre, el Almirante daba el ejemplo de la igualdad en la desgracia. El ignorarse la distancia á que se hallaban todavía de la tierra agravaba la inquietud general. Los pilotos disputaban entre sí acerca del punto en que se hallaban. Considerábanse como extraviados en el inconmensurable Océano. El Almirante les aseguró entonces que se hallaban unas cien leguas lejos del meridiano de las Azores. Se comprobó su cálculo y salió exacto.

Colón cuidaba especialmente de los enfermos. Su compasión y piedad le hacían hallar consuelos para aquellas pobres gentes, la mayor parte aquejadas ya de males antes de embarcarse. Mientras que en la carabela de Aguado no eran objeto de

(1) «Esta quedó en las naves de su voluntad con una hija suya al parecer por amor de Caonabo.»—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. V, § 38.

ninguna atención del Comisario Real los obreros y soldados enfermos; los que se hallaban á bordo de la *Santa Clara* recibían cuidados, exhortaciones y ejemplos que hacían revivir su moral. Sin duda que el venerable padre Juan Pérez de Marchena, auxiliando al Almirante, les asistiría y ofrecería los consuelos espirituales cuyo valor se conoce doblemente en el infortunio.

Mientras tanto las fatigas de la navegación aumentaban cada día. En medio del malestar, el sacrificio de la Cacique antropófaga no pudo distraer á su héroe, absorto por el sentimiento de su desgracia. El Almirante le había prometido volverle otra vez á la Maguana, después de haberle mostrado los soberanos y las grandezas de Castilla (1); pero la humillación de su dependencia había encendido dentro de sus venas un fuego secreto pero voraz. Encerrando sus pesares en un silencio tenaz, disimulando bajo la impasibilidad de su rostro la amargura de sus tristezas, cansado del balanceo del buque, de la prolongada prisión dentro de aquellos tablones azotados por las olas, parecía ajeno á cuanto pasaba en rededor suyo. Los variados encantos de su compatriota no sedujeron su mirada que continuó siempre sombría y altanera. Sus fuerzas se acabaron poco á poco; sólo su arrogancia no disminuyó nunca; y obstinadamente inmóvil, dejó que se extinguiera su vida en la soberbia de su taciturno orgullo.

De esta manera terminó la novela de esa princesa antropófaga antes del fin de su navegación. Quedando libre entre los extranjeros, renunciaba á su familia, patria, libertad y vida; porque había faltado á su esposo, y por consiguiente, había merecido la muerte. Sacrificábase á la honra de ser la esclava de un esclavo en otro tiempo coronado; á la honra de ayudarle á llevar sus cadenas. Es imposible desconocer la grandeza de ese sacrificio. ¿Cuál fué su recompensa? la muerte en el destierro. Respirase misterioso aroma de salvaje epopeya en la narración de ese amor de canibal concebido á primera vista, en medio de la adversidad, entre los azares de lo desconocido, en medio de la lucha del hombre contra las grandes fuerzas de la naturaleza, durante las angustias del terror y las amenazas del hambre entre los abismos del Océano.

El hermano de Caonabo, extenuado también, no le sobrevivió sino muy pocos días (2).

La navegación había continuado; pero los padecimientos se habían agravado cada hora, y comenzaban á dejarse oír las quejas. Los españoles lanzaban miradas, dolorosas unas veces, airadas otras, sobre los treinta indios que iban en los buques.

(1) Andrés Bernaldez, *Historia de los Reyes católicos*, cap. cxxxii. Ms.

(2) «Caonabo rex et frater ejus cum ad reges in Hispaniam ducebantur, dolore animi confecti, in itinere moriuntur.»—Petri Martyris Anglerii, *Oceanica Decadis prima*, liber quartus, fól. 12.

El hambre horrible que domina todos los sentimientos despertaba la crueldad y aconsejaba el crimen. Formaban grupos los españoles: todos proponían en voz baja matar á los indios para comérselos ó arrojarlos en el mar (1) para deshacerse de tantas bocas inútiles, con lo que se daría á las raciones un suplemento diario de ciento ochenta onzas de pan. Este último partido parecía prevalecer.

El 7 de junio se hizo públicamente la proposición de este cruel proyecto; pero cuando el Almirante tuvo conocimiento del atroz consejo del hambre, la dulzura compasiva que hasta entonces había mostrado, cedió el lugar á la más valiente energía. Irguió su cabeza llena de majestad y dominó el tumulto de la desesperación. Acalló el hambre con el auxilio de Dios que no le faltó; y dió á entender resueltamente á aquellos hombres extraviados por el peligro que él había descubierto las Indias para regenerarlas por Jesucristo Nuestro Señor; que aquellos indios, redimidos á costa de la misma sangre, eran sus hermanos; que les llevaba á Castilla para convertirlos en hijos de la Iglesia, en amigos de la nación española, y que no permitiría aquel abominable delito. Recordóles que la paciencia en los dolores era la virtud de los cristianos, la prueba de su superioridad; y añadió que, finalmente, el miedo que aconseja aquella espantosa cobardía se inspiraba en el error y la ignorancia, porque dentro de tres días estarían en las aguas del cabo de San Vicente (2).

Al oír esto los pilotos, prorrumpieron en vivas exclamaciones de incredulidad; porque, según su cálculo, estaban todavía muy distantes del Cabo, pues creían tener casi á la vista las Azores. Impúsole silencio el Almirante, é hizo continuar el mismo derrotero; después, al llegar la tarde del tercer día, mandó cargar las velas y bordear durante la noche, porque el día siguiente divisarían la tierra.

Pero los marineros hambrientos le suplicaron que les dejara llegar lo más pronto posible, diciéndole que preferían correr el riesgo de encallar en la primera costa que se presentara, antes que morir de hambre en alta mar. Suscitóse con este motivo una gran disputa entre los pilotos; unos opinaban hallarse cerca de las costas de Inglaterra; otros en las aguas de Galicia, y algunos cerca del canal de Flándes. Colón se mantuvo firme, y mandó ejecutar sus órdenes. El día siguiente, por la mañana, al esclarecer el horizonte los primeros albores del día, reconocieron efectivamente el cabo de San Vicente (3), que antes había anunciado el Almirante.

(1) «Voliano mangiar gl'Indiani, i quali conducevano; e altri per risparmiar quel poco che lor restava, erano di parere che si gittassero in mare.»—Fernando Colombo, cap. LXIII.

(2) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales* — Década 1.<sup>a</sup>, lib. II, cap. I.

(3) «Avistóla no léjos del cabo de San Vicente.»—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. V, § 39.

Penetrados entonces de admiración por su ciencia, le declararon decididamente el hombre más experto de la navegación que jamás hubiese existido.

Trayendo entonces á la memoria sus recuerdos, y teniendo muy presente la mayor parte de los marineros y hasta de los mismos pilotos, á contar desde el primer descubrimiento, la manera cómo los acontecimientos habían justificado siempre, y en todas las circunstancias, las diversas predicciones de Cristóbal Colón, estuvieron á punto de pensar que el Almirante llamaba quizás en su auxilio los secretos maravillosos del arte mágico; y que, á lo menos, en todas las grandes particularidades, estaba dotado de cierta extraordinaria inspiración (1).

(1) «Di che poi presso alla gente di mare egli fu tenuto per sapientissimo e divino nelle cose della navigazione.»—Fernando Colombo, cap. LXIII.